

Una fiesta sin caviar

GONZALO GOICOECHEA

DICEN ellos orgullosos que los militantes son el oro del PCE. En la película "Una fiesta para la libertad", de Andrés Linares, hay una secuencia en la que Carrillo niega la existencia del oro de Moscú o cualquier otra ciudad. El único oro del PCE —dice— son sus militantes. Y de inmediato, numerosos planos se suceden en los que se ve a gente llevando cajas, montando un escenario, trabajando para el partido. Son escenas semejantes a las que se repitieron para organizar la segunda Fiesta del Partido Comunista que se celebró el pasado fin de semana en la Feria del Campo de Madrid. Sin el trabajo —la entrega, dicen algunos— de los militantes, la fiesta no habría sido posible. Es así, y por eso muchos comunistas resaltaban la incapacidad del resto de los partidos para organizar un acto similar, tres días de fiesta popular llenos de actuaciones, películas, vino, coloquios, gente: tres días de inmensa verbena comunista.

Viernes: cierta desolación

Tenían miedo los organizadores. A la fiesta de "Trebball", en Barcelona, había asistido la mitad de gente que el año anterior. El desencanto hace estragos y el fervor de antaño parece perderse en el desengaño individualista, en un tonto pasar de todo. El primer día no ahuyentó los temores. Por la noche era fácil la broma. Admitía que no se les creyera, pero decían, sin embargo, que 18.000 más de los previstos, es decir, unos 70.000. Es igual: una cierta desolación invadía el recinto ferial robado a la Casa de Campo en los tiempos imperiales de la dictadura. El viento frío que se llevó los humos no ayudaba a llenar los grandotes edificios que amó el verticalismo. En el escenario de colorines, Aute cantó sus canciones intimistas, atormentadas, imposibles en tanto espacio. No se estrenaron

las cinco paelleras que tenían preparadas los de Emigración. Carlos Megía Godoy perdió sus canciones facilonas y encontró en el público solidaridad antisomozista. Caldeó el ambiente y pidió metralletas y bazokas para los sandinistas.

Sábado: muralla de manos agarradas

Al día siguiente fue otra cosa. Mucha gente, miles y miles,

Belén. Antes Adolfo Celdrán logró que el público cantara el "No nos moverán", y todos recordamos un poco aquellos años. Víctor Manuel se sentía feliz por tanta gente que echaba por tierra los temores iniciales. Massiel —como siempre, fallaron la mayor parte de los presentadores programados— anunció al poeta cubano y a la actriz española. Guillén leía un poema y después Ana lo cantaba. Terminaron con "La mura-

nos partidos extraparlamentarios vendían cosas —pegatinas, folletos, insignias, medallas— en el paseo que hay entre la estación del Suburbano y la entrada a la feria por la Casa de Campo. Muchas más pegatinas, folletos, insignias y medallas se vendían dentro. La mayoría eran del PCE, otras de diferentes movimientos de liberación latinoamericanos y africanos.

Fuera del anfiteatro no se oían muchos gritos, aunque, de



Francisco Romero Martín, Marcelino Camacho y Armando López Salinas, con el poeta cubano Nicolás Guillén, durante la fiesta.

qué más da la cifra exacta. Por la mañana, Carrillo inauguró, acompañado por Dolores Ibarruri, oficialmente el evento. Los cronistas contaron que apenas se detuvo en el pabellón de la Unión Soviética. Al anochecer, todos los sitios estaban llenos. Una fanfarria vasca y unos valencianos disfrazados, con orquesta propia, aparecían en todos los rincones. Era una verbena que ofrecía demasiado, imposible ver tantas cosas porque donde no había mimo estaba un ballet que lo hacía con la banda de "La naranja mecánica", o un ilusionista, o el circo, o cualquiera de los numerosos bares y puestos de bebidas. En el anfiteatro principal, el momento culminante fue la actuación de Nicolás Guillén y Ana

llá" y la gente se levantó y se agarró las manos por encima de la cabeza. Miles de lucecitas —habituales ya en todo concierto— se encendieron entre el público y algunos casi lloraban, porque la emoción es así de tonta. Massiel estaba algo nerviosa, porque los del espectáculo son así.

Las casas de las diferentes regiones y nacionalidades no daba abasto, y, como para todo había que comprar antes un ticket, era una pesadez y mucha cola. Si otras veces, en otros actos, nunca faltaba el grupillo de autodenominados ácratas en plan incordio supuestamente gracioso, este año, sí. Sólo una o dos banderas negras en una fiesta con muchas menos banderas que de costumbre. Algu-

quando en cuando, surgía el inevitable "así se ve la fuerza del pecé". Unos cuantos muchachos comunistas —el bar de las Juventudes se llamaba "Cannabis"— gritaron un rato su nuevo mensaje: "Fascistón, fascistón/si no votas la Constitución". Un insulto militante para el que elige abstenerse.

Domingo: recepción y mitin

El tercer día continuó el barullo en buen plan y el optimismo de los militantes crecía con motivos. También muchos miles —"centenares de miles"— de personas. El día era hermosamente otoñal y, por la mañana, hasta cayeron unas gotas que muchos ni sintieron, porque no



Sin el trabajo y la entrega de los militantes, "el oro del PCE", la fiesta no hubiera sido posible.

pasaron de un amago. A las doce fue la recepción del Comité Central. Asistieron Carrillo y "Pasionaria", y la cosa tuvo su tono social y fino con invitados famosos, gentes de las letras y la política. Ofrecían vino y también coca-cola y unas tapas bastante pobres. Así que sobraron casi todas. La gracia era preguntar dónde estaba el caviar de los soviéticos. Pero no había

servicios de orden son así de inflexibles y hasta Santiago Alvarez lo sufrió cuando, la noche anterior, quiso pasar a la zona del escenario sin llevar la credencial colgada (las credenciales eran de distintos colores según se fuera prensa, artista, currante, servicio de orden, organización o extranjero).

Por la tarde llegó el mitin, punto culminante, demostración

empezaron a marcharse. Simón Sánchez Montero habló en primer lugar, pero no para soltar un rollo político —Carrillo estaba presente—, sino para saludar a todos y nombrar las delegaciones una por una. Tras la delegación del PCUS, las más aplaudidas fueron las del PCI y partidos latinoamericanos. Aprovechó la ocasión para criticar el silencio de RTVE ante la fiesta.

El secretario general desarrolló un largo discurso político en el que analizó la situación política de España, y propuso las soluciones que el PCE cree adecuadas. Carrillo aprovechó con inteligencia los errores del PSOE y estuvo duro con los socialistas. Defendió la Constitución y condenó la postura de los socialistas que, primero votan la enmienda del PNV sobre los Fueros, y luego atacan a ese partido más duramente que UCD. Carrillo consideró "erróneas" algunas posturas de los nacionalistas vascos, pero defendió la negociación con el PNV al que considera un partido responsable. A los que dicen que la Constitución es atea, recordó que "si, como dicen, Dios está en todas partes, para qué meterlo en los artículos de la Constitución". Habló también del paro y anunció enérgico que el PCE no está dispuesto a firmar nuevos acuerdos "mientras no tengamos la seguridad de que el pacto de la Moncloa va a ser cumplido íntegramente".

Negó que el PCE tenga miedo a unas elecciones generales tras el referéndum constitucional: "Estamos preparados para ir a unas elecciones generales mañana mismo". Fue interrumpido numerosas veces y, cuando terminó, la gente pidió que hablara Dolores, que estaba allí, sentada en su silla.

"Pasionaria" hizo un gesto de negativa al principio, pero luego se acercó al micrófono y dijo que era innecesario hablar después de Carrillo, que lo había dicho todo. Lo que había que hacer era explicar la política comunista por todos los sitios, fábricas, talleres, escuelas. Dolores tiene una voz recia y femenina que aún conserva en plenitud como si se negara a perder la palabra. En el fervor de sus cuatro frases se confundió y dijo que la divulgación de la política comunista había que hacerla por el bien de la libertad, de la democracia y "en favor de la república". Fue un traspies gozoso que todos rieron, tan guapa Dolores. También —cuarentones ya— algunos estaban llorando.

Final

Después, continuaron las actuaciones, todos en espera de Quilapayún, que lo hicieron a las once y media de la noche. No se han lucido mucho con la música. Pero, por lo menos, los previstos han venido y no como el año pasado tanto anunciar a Moustaki. Los valencianos quemaron la falla sobre Tamames, y los carteles anunciadores de la fiesta dejaron de servir. Las figuritas que aparecían entre los globos decían unas cosas como en los tebeos. Los primeros textos fueron censurados. Así, por ejemplo, Lenin decía: "Y encima con cachondeo". Y luego dijo, ya aprobado y permitido: "Yo también iría a la fiesta". A los otros les pasó tres cuartos de lo mismo. Algunos cuadros con alegorías sobre dirigentes del partido también fueron censurados. Habrían estado en la planta baja del pabellón de cristal, donde los puestos de las agrupaciones madrileñas. Unos militantes —el oro del PCE— se reían al comentarlo. Eran restos, minucias estalinistas. ■



Santiago Carrillo habla en el mitin de clausura: un largo discurso político en el que propuso las soluciones del PCE a la situación política española.

caviar, aunque sí soviéticos. Las delegaciones extranjeras tenían un tiquet con el que se podía comer en "El Currito", que era el restaurante de la delegación de Euskadi. Sin tiquet no se podía entrar, aunque te recomendará Pilar Brabo. Los

de fuerza. Un sol en ocaso amarillo iluminaba el anfiteatro abarrotado de público, dicen que más de doscientos mil. Hacía la mitad del largo parlamento de Carrillo, desapareció del todo y un frío descarado se agarró en las espaldas, algunos